

Lección No. 27.- LA EUCARISTIA, ALIMENTO DEL CRISTIANO
Intima unión con Cristo, que alimenta y sostiene.

Hemos llegado en nuestra consideración de los Sacramentos, ante el Misterio más asequible a nuestros ojos por cuanto este Misterio es contemplado por nosotros día a día sobre el altar: Dios se hace presente bajo las especies sacramentales de pan y vino, y de esta manera nuestra fe se ejercita, se fortalece y crece ante la vista de lo que parece poco y es infinito; lo que parece pobre y es omnipotente; lo que se muestra nada y lo es todo.

Prosiguiendo la idea de paralelismo entre los Sacramentos y la vida natural del hombre, la Sagrada Eucaristía es para todo cristiano el alimento, el tónico, el reconstituyente de su vida sobrenatural.

DEFINICION. La Eucaristía, nombre que quiere decir "BUENA GRACIA o ACCION DE GRACIAS, es un regalo del Divino Redentor en el que bajo las especies de pan y vino el mismo Jesucristo se encuentra presente, se ofrece al Padre, se come, porque es a la vez sacrificio y sacramento de la Nueva Ley.

LA PRESENCIA REAL DE CRISTO EN LA EUCARISTIA.

Jesucristo mismo instituyó el Sacramento de la Eucaristía durante la Ultima Cena del Jueves Santo antes que padeciera cuando "Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo"(Jn.13,1)

Para ello: Mientras estaban comiendo, tomó Jesús pan, y, pronunciada la bendición, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: "Tomad, comed, este es mi cuerpo." Tomó luego un cáliz y, dadas las gracias, se lo dio diciendo: "Bebed de él todos, porque esta es mi sangre de la Alianza, que va a ser derramada por muchos para remisión de los pecados." (Mt.26,26-28).

Cuando Cristo pronuncio estas palabras de consagración sobre el pan y el vino, se realizó la admirable conversión de toda la sustancia de pan en el cuerpo y de toda la sustancia de vino en la sangre de Jesucristo, permaneciendo tan sólo las apariencias del pan y del vino. A esta conversión se le llama "transubstanciación".

Las apariencias de pan y vino que permanecen sin alteración aparente reciben el nombre de "especies" o "accidentes" sacramentales. Ellas son: cantidad, olor, color, sabor y todo aquello que es apreciable por nuestros sentidos.

Aunque la Sagrada Eucaristía es un don admirable del Señor a los hombres, no constituye un milagro en virtud de que la transubstanciación no es perceptible por los sentidos. Sin embargo,

a las palabras propias de la consagración, Cristo añadió: "Haced esto en recuerdo mío." (1 Cor. 11, 23-25). Por estas palabras constituyó a sus Apóstoles sacerdotes del Nuevo Testamento, y tanto a ellos como a sus sucesores en el sacerdocio les mandó que simultáneamente consagraran, ofrecieran y administraran su cuerpo y su sangre bajo las especies de pan y vino. Los sacerdotes ejercen esta potestad y cumplen con este mandato cuando, poniendo su propia persona al servicio de la Persona de Cristo, celebran el Santo Sacrificio de la Misa, llamado también Sacrificio Eucarístico, Celebración Eucarístico o simplemente Eucaristía.

Cuando el sacerdote pronuncia en la Misa sobre el pan y el vino las palabras de la consagración, bajo las especies del pan y del vino se hace presente verdaderamente, realmente y substancialmente el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, unidos a su alma y su divinidad.

Después de la consagración, bajo la especie de pan no sólo está el cuerpo, y bajo la especie de vino no sólo está la sangre de Jesucristo, sino que bajo cada una de ambas especies, y sobre la mínima partícula de ambas especies, se encuentra todo e íntegro Jesucristo, Dios y Hombre. Así mismo, Jesucristo se encuentra de este modo en todo lugar, de la tierra donde simultáneamente existe la Sagrada Eucaristía, así como también gloriosamente sigue en el cielo al lado del Padre.

Esta presencia de Cristo bajo las especies sacramentales permanece al ser comido por nosotros y en la Sagrada Eucaristía en tanto no se corrompan las especies sacramentales. Por tanto, si al transcurso del tiempo las especies de pan y vino sufren la alteración natural de arranciamiento y avinagración, la presencia sacramental de Cristo deja de existir.

Solamente la materia de pan de trigo y de vino de vid o uva, son aptas para la consagración eucarística.

Las palabras necesarias para que se realice la transubstanciación son las mismas que Jesucristo Señor nuestro pronunció en la Última Cena sobre el pan y el vino, y así el sacerdote que pone al servicio de la Persona de Cristo su propia persona, las repite exactamente durante la celebración de la Misa.

EL SACRIFICIO DE LA SANTA MISA O EUCARISTIA.

Recordaremos aquí que por la palabra "sacrificio" entendemos la "oblación" u "ofrecimiento" de una cosa a sólo Dios, en señal de sumisión a El, como signo de supremo honor y reverencia, que a El debemos como nuestro Creador, Señor y último fin.

La Santa Misa es el verdadero y propio Sacrificio de la Nueva Ley que Jesucristo, por el ministerio del sacerdote, ofrece personalmente al Padre, ofreciéndole bajo las especies de pan y de vino su cuerpo y su sangre en mística (misteriosa) inmolación.

Jesucristo instituyó este admirable sacrificio para que la Iglesia pudiera ofrecer al Padre un sacrificio visible, tal como la naturaleza del hombre exige, que pueda representar y recordar en forma incruenta aquel otro sacrificio que en forma cruenta el mismo Cristo ofreció en la cruz, y de esta manera permanezca hasta el fin de los tiempos el recuerdo y la virtud saludable de la remisión de nuestros pecados, el pecado original y los personales que seguimos cometiéndolo.

La Santa Misa representa el sacrificio de la cruz por la consagración hecha en forma separada del pan y el vino, a imagen de aquel otro sacrificio en que en forma cruenta Cristo ofreció por la separación del cuerpo y la sangre hasta producirse su muerte.

Pero es necesario tener en cuenta que la Santa Misa no es una simple representación del sacrificio de la cruz, sino que es el mismo sacrificio de la cruz que se renueva, por cuanto es una y la misma Víctima Divina, uno y el mismo el que la ofrece por ministerio del sacerdote, Cristo que a Sí mismo se ofreció en la cruz, siendo sólo diversa la forma del ofrecimiento.

Por medio de la Santa Misa se nos siguen aplicando los frutos del sacrificio de la cruz por cuanto el Padre, aplacado por esta inmolación de Cristo, nos concede sus gracias, las que el mismo Jesucristo nos compró con el precio de su vida y de su sangre.

El Santo Sacrificio de la Misa se ofrece por cuatro fines:

- * Para adorar a Dios, por lo que se llama "Sacrificio Latréutico" (del griego "latreia" = servicio al dueño por parte del esclavo, esto es, sumisión).
- * Para dar a Dios gracias por su gran gloria y por los beneficios que de continuo nos hace, por lo que se le llama "Sacrificio Eucarístico" (del griego "eukharistia" = acción de dar gracias).
- * Para pedir a Dios nuevas gracias y favores, por lo que se le llama "Sacrificio Impetratorio" (del latín "impetrare" = conseguir lo que se desea, conducir hacia la meta deseada).
- * Para obtener en favor de los vivos y de las almas que se encuentran en el Purgatorio la remisión de la deuda contraída debido a los pecados personales, por lo que se llama "Sacrificio Propiciatorio o Expiatorio" (del latín "propiciare" = hacer que algo se haga agradable; "expiare" = rescatar, pagar).

Por todo esto, el Santo Sacrificio de la Misa solamente se ofrece a Dios, ya que el dominio supremo a que el sacrificio se debe, corresponde sólo a Dios. Sin embargo, la Iglesia ha acostumbrado siempre celebrar la Santa Misa en honor de la Santísima Virgen María y de los Santos; pero no porque a ellos se les esté ofreciendo el sacrificio, que sólo a Dios se ofrece, sino a manera de festejo y acción de gracias por su perseverancia y victoria sobre el mal y amor al bien hasta el fin de su vida, implorando su patrocinio delante de Dios.

Toda Misa, dado que es el Sacrificio de la Iglesia Católica, ofrecido como acto público de ella por un ministro de ella, no sólo se aplica en favor del ministro celebrante, sino para bien de la comunidad de los fieles, sean vivos o muertos, principalmente por aquéllos que el celebrante conmemora durante la misma Misa. Además, el sacerdote puede aplicar una intención particular para bien de alguna o algunas personas vivas o difuntas, o para algún fin particular; de lo cual proviene que, siendo éstos de la misma condición que los demás miembros de la comunidad, exista particular "intención" para ciertas personas o fines.

Una contribución económica para sostén del culto, del ministro celebrante y de la Iglesia, llamada "estipendio", puede ser razón para que la "intención" del celebrante se aplique en favor del contribuyente; de todos modos, como se dijo antes, la comunidad toda, vivos y difuntos, de la Iglesia universal es favorecida por los méritos infinitos de Cristo en cada Misa que se celebra sobre toda la faz de la tierra.

DEL SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA.

La Eucaristía, a más de Sacrificio, es un Sacramento instituido por Cristo, por el cual, bajo las especies de pan y de vino, el mismo Jesucristo, Autor de la gracia, verdaderamente, realmente y sustancialmente se nos concede para alimento espiritual de nosotros.

Jesucristo instituyó este Sacramento con dos fines:

- * Porque, enamorado de nosotros, pudiera mantenerse cerca de nosotros, entre nosotros, y de este modo El pudiera ser a su vez amado por nosotros.
- * Para que por comerlo en la Sagrada Comunión, El pudiera unirse íntimamente con cada uno de nosotros; ser nuestro alimento celestial, por el que pudiéramos obtener y conservar y aumentar nuestra vida espiritual, y para que en nuestra última hora, al partir de este mundo, El sea en el camino final nuestro viático de sostén hasta llegar a la presencia del Padre. (viático = aprovisionamiento de víveres para emprender un viaje).

El Sacramento Eucarístico se distingue del Sacrificio Eucarístico por dos notas:

- * Porque la Eucaristía como Sacramento una vez consagrada deberá permanecer; en tanto que la Eucaristía como Sacrificio tiene su razón de ser en que de inmediato sea ofrecida. Por tanto, la divina hostia que se deposita en el copón, en la custodia y en el sagrario, tiene el sentido de Sacramento, no de Sacrificio.
- * Porque la Eucaristía como Sacramento proporciona a los que la consumen riqueza de gracia, de mérito y de utilidad espiritual, en tanto que la Eucaristía como Sacrificio, no sólo llena estos fines, sino que además tiene eficacia de satisfacción.

Para recibir dignamente la Sagrada Eucaristía se requiere, como en todos los Sacramentos de vivos, el estado de gracia, o conciencia libre de pecado mortal; y el ayuno según está prescrito. De este modo, quien es conciente de hallarse en pecado mortal, antes de recibir este Sacramento debe acudir al Sacramento de la Reconciliación. San Pablo enseña: "Por tanto, quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, sera reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor" (1 Cor.11,27-29) "Examínese, pues, cada cual, y coma entonces del pan y beba del cáliz. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo."

Solamente es permitido consumir la Sagrada Comunión sin la observancia del ayuno en peligro de muerte, o cuando se pretende evitar una profanación. El sacerdote tiene facultad para conceder esta posibilidad al enfermo.

Para que la Sagrada Comunión sea recibida con la debida devoción, se requiere la debida preparación con la moción de afectos hacia Jesucristo Eucaristía; una congruente acción de gracias deberá seguir a la recepción del Sacramento. Los actos de fe, esperanza, caridad, humildad y contricción nunca deben faltar en los momentos que anteceden y siguen a la Comunión.

Entre las peticiones que hagamos a Cristo Eucaristía, no debemos olvidar nunca gracias para nosotros y nuestros prójimos, la salud del alma y del cuerpo, la gracia de la perseverancia final, la salud y extensión de la Iglesia, Reino de Dios, y el descanso eterno de las almas del Purgatorio.

Cuando se recibe devota y dignamente la Sagrada Eucaristía, ésta produce los siguientes efectos:

- * Aumenta la gracia santificante y el fervor de la caridad,
- * Borra los pecados veniales,
- * Fortalece la perseverancia en el bien y la perseverancia final, atenuando la concupiscencia, preservando del pecado mortal, así como aumentando la inclinación hacia el ejercicio del bien.

Es obligación de precepto recibir la Sagrada Comunión el Domingo de Pascua de Resurrección, en peligro de muerte, y en toda ocasión en que exista riesgo de exposición de la vida.

La recepción de la Sagrada Eucaristía como viático concede al que la recibe:

- * Gracias especiales para aceptar la divina voluntad de su muerte,
 - * Fortaleza para resistir los últimos y difíciles embates del demonio,
 - * Tranquilidad y paz espiritual en el último momento de la vida.
 - * Y sobre todo, la segura compañía de Cristo que prometió dar la vida eterna a quienes comieran su Cuerpo y bebieran su Sangre.
- "Orad, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para vida eterna, el que os da el hijo del hombre..."

(Jn.6,27).

Esta primera alusión a la Sagrada Eucaristía que hizo Jesús a los Judíos, más adelante fué haciéndose más y más clara. De este modo continúa el Redentor: "En verdad, en verdad os digo: Moisés no os dió el pan del cielo; es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo." (Jn.6,32-33)

27/6

DESARROLLO DE LA DOCTRINA EUCARISTICA EN EL NUEVO TESTAMENTO.

Viendo Jesús que los judíos se interesaban por conocer este admirable don de Dios, aunque totalmente con una ideología del todo material, pero que podría elevarse a lo espiritual, prosigue: "Yo soy el pan de la vida. El que venga a mí, no tendrá hambre, y el que crea en mí, no tendrá nunca sed. (Jn.6,35).

Va más adelante y les esboza cómo podrá ser esto: "Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que lo coman y no mueran. Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que Yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo" (Jn.6,48-51).

Paso a paso les va instruyendo: "En verdad, en verdad, os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y Yo le resucitaré el último día" (Jn.6, 53-54).

Siendo, como es, el triunfo sobre la muerte, y la perdurabilidad, el anhelo principal del hombre, este ofrecimiento de Jesús cobra toda la importancia. Debería haber provocado su anuncio un gran interés entre los que le oían, pero éstos, siempre anclados a su pasado, recuerdan que ni Moisés ni el maná sirvieron para tanto y el escepticismo y la incredulidad se apoderan de ellos.

De manera que el Señor siguió adelante para que no hubiera lugar a confusión o duda sobre lo que decía: "Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y Yo en él. Lo mismo que me ha enviado el Padre, que vive, y Yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá en mí. Este es el pan bajado del cielo; no como el que comieron vuestros padres, y murieron; el que coma este pan vivirá para siempre" (Jn.6,56-58).

Ahora sí está totalmente claro: el beneficio de la perdurabilidad es factible por un sólo camino: la unión íntima con Cristo, de cuya virtud así participamos. El vive la vida del Padre, que es eterna por cuanto son una sola Naturaleza Divina; nosotros al unirnos con El participamos de esa Vida recibiendo de Cristo la inmortalidad después de resucitar en el último día.

De este modo el hombre ve cumplidos sus anhelos más profundos,

y, si por fuerza del pecado original ha de pasar por la pena de verse destruido por la muerte, una esperanza de feliz resurrección y vida perdurable ha de animarlo en adelante.

La causa de todo esto es Dios: El que se vió obligado a condenar a la muerte al hombre delincuente, no quedó ahí sino que inventó la forma de darle oportunidad de recuperar junto con la salud espiritual la perdurabilidad para la que fue creado. Ya lo único que tiene que hacer es obtener esa unión íntima con Cristo, tal como lo comenta San Pablo: "Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con El, sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más y que la muerte no tiene ya señorío sobre El" (Rom.6,8-9). Y en seguida señala cómo puede realizarse esta existencia de unión íntima con Jesús: "Su muerte fue un morir al pecado, de una vez para siempre; mas su vida, es un vivir para Dios. Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús" (Rom.6,10-11).

LA SANTISIMA TRINIDAD EN LA EUCARISTIA.

Ya hemos visto antes cómo Cristo define esa unión íntima con El que llamamos "Comunión" el resultado de asemejar nuestra reunión con El a la unión divina de El con el Padre: "Lo mismo que me ha enviado el Padre, que vive, y Yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá en mí."

Así pues, esta "Comunión" con Cristo se realiza por designio y voluntad del Padre. Diríamos que esto es el QUE.

El cómo y el por quien nos lo aclara el Apóstol con estas breves palabras: "Y si el Espíritu de Aquél que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquél que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros" (Rom.8, 11).

Esto es la "Comunión" plenamente realizada por la Trinidad de Dios en la habitación del hombre.

UNIDAD EUCARISTICA DEL SACRIFICIO CON EL SACRAMENTO.

A primera vista, sacrificio y sacramento parecen dos cosas totalmente distintas. Un análisis sobre esto que hace San Pablo va a darnos la respuesta: "Fijaos en el Israel según la carne. Los que comen de las víctimas ¿no están acaso en comunión con el altar?" (1 Cor.10,18). Es una clara alusión del Apóstol a la unidad que existe entre la consagración del pan y del vino la noche del Jueves Santo y el Sacrificio de la cruz el Viernes Santo.

Podríamos decir que en la Eucaristía, el Sacramento es sacrificial y el Sacrificio es sacramental. La consagración, al servir simultáneamente como Sacramento y como Sacrificio, viene a